

F12331

P79

HISTORIA

GUERRA DE MÉJICO

DESDE 1801 A 1807

CON TODOS LOS DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS JUSTIFICATIVOS

QUE COMPRANDE LA DESCRIPCION GEOGRAFICA DEL TERRITORIO

DESDE QUE FUÉ REINO DE LOS MAYAS EN REDUCCION EN REDUCCION EN REDUCCION EN REDUCCION

HASTA LA GUERRA DE LOS MAYAS Y LA GUERRA DE LOS MAYAS

Y LA GUERRA DE LOS MAYAS Y LA GUERRA DE LOS MAYAS

Y LA GUERRA DE LOS MAYAS Y LA GUERRA DE LOS MAYAS

POR TIBURCIO PRUNEDA



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Imprenta de los Sres. Rojas, Valverde, 16, bajo izquierda.

PRÓLOGO.

Hay en Europa cierta clase de escritores y hombres políticos, que ignorando ó afectando ignorar las más triviales nociones sobre la organizacion de las Repúblicas americanas, aprovechan toda ocasion oportuna que se les presenta, ya para bosquejar un cuadro sombrío de su estado actual, ya para predecir con tono profético las calamidades que les reserva lo porvenir. Para esos hombres es letra muerta la historia de América desde 1787 hasta nuestros dias. El ciclo de los tiempos cerróse para ellos en todo cuanto á aquellos pueblos se refiere, con las misiones del Paraguay, con el gobierno de los últimos vireyes del Perú y de la Nueva España, y con la conclusion del régimen colonial de Inglaterra en las riberas del Hudson y del Mississipi. Todo lo que despues ha pasado, todos los acontecimientos que alli han ocurrido en los últimos ochenta años, ó no lo saben, ó si lo saben, no quieren comprenderlo.

En vano Tocqueville, Laboulaye, Bancroft, Chasles y Javier Eyma han consagrado su talento y sus vigiliass para describir en admirables páginas la historia, las instituciones, las costumbres, el carácter moral, el inmenso progreso de la gran República de Washington; en vano tambien Humboldt, Alaman, Bustamante y Chevalier, han estudiado á Méjico bajo los múltiples aspectos de la ciencia, de la historia, de la organizacion social, de la literatura y de la economia política; en vano, finalmente, otros escritores americanos ó europeos han bosquejado los primeros albores de las Repúblicas de la América Central, pueblos jóvenes, sociedades nuevas, cuyo desarrollo están entorpeciendo todavia las fatales tradiciones de la Inquisicion y del régimen despótico que les dejó la vieja Europa. Ciegos ante el esplendor de la verdad, impasibles ante la evidencia de los hechos, los escritores á que nos referimos tienen un criterio especial para juzgar los acontecimientos y las cuestiones de América. Embelesados con las tradiciones monárquicas de Europa, párecesles imposible que haya otra forma de gobierno más escelente, más per-

fecta que la monarquía. Consideran como una aberración la democracia, la república como origen perenne de trastornos y anarquía, el respeto á la libertad individual como un absurdo, la libertad de conciencia como un sacrilegio, el sufragio universal como una locura, la igualdad civil como una utópia. Niegan que haya sociedad, que haya gobierno, que haya civilización, que haya progreso en los pueblos rejidos por instituciones democráticas; y no comprenden que la humanidad puede subsistir sin gerarquías, sin clases, sin aristocracia y plebe, sin opresores y oprimidos.

Cuando ponderan las magnificencias de la monarquía, dicen que es necesaria para conservar el principio de autoridad, para el sostenimiento del orden, para mejorar las costumbres. Cuando exageran los inconvenientes de la forma democrática, aseguran que con ella no es posible la verdadera libertad; y que suprimiendo los honores y las distinciones, tiende á rebajar á un mismo nivel todas las aptitudes, todas las inteligencias, todos los méritos. La experiencia ha probado, sin embargo, y de ello puede servir de testimonio los Estados-Unidos, que lejos de rebajar las inteligencias y las aptitudes, la democracia les dá más virilidad y más grandeza; y que sabe premiar el mérito y los servicios que se hacen á la patria, no ya con abigarradas cintas y medallas ostentosas, sino con el respeto, el cariño, la consideración de los conciudadanos. El ilustre general Grant, que ha librado batallas comparables sólo con las que ganaron Julio César, Alejandro y Napoleón, viste un sencilló uniforme que no adornan ni una cinta, ni un bordado; en cambio cuando se presenta en público, la muchedumbre le saluda con respeto, diciéndose unos á otros: «Ahi vá el vencedor de Lee, ahi vá el pacificador de la República.»

«¿Y qué han ganado, — preguntan, — esos desventurados pueblos de la América Central? ¿Qué ha ganado Méjico con la forma democrática? Hace cincuenta años que se declararon independientes y han pasado por otras tantas revoluciones con su horrible séquito de matanzas, incendios y saqueos. Allí no se conoce el respeto á la propiedad y á las personas: la ley es letra muerta: impera la voluntad de los gobernantes, es decir, la ley de la fuerza; todo lo que sobra de libertad individual, le falta al principio de autoridad; no hay administración, no hay orden posible, no hay gobierno permanente; el poder es como frágil caña que oscila al soplo de continuas conmociones; los ambiciosos conspiran, se sublevan, luchan unos contra otros, y no siempre el triunfo es del más inteligente ó más patriota, sino del más audaz ó del más vengativo; se despueblan las ciudades; los campos se quedan yermos; disminuye la población; todos viven en incesante estado de angustia y de zozobra, porque no saben si sus ojos verán el sol de mañana, si arderá su cabaña al llegar la noche, si á los primeros albos del día aparecerán arrasadas sus mieses. Mirad lo que deben á la democracia los descendientes de los españoles.

ved lo que han ganado con separarse de la madre patria: decadencia, miseria, ambiciones insensatas, guerras sangrientas, perpétuo estado de anarquía.»

Juzgados así aquellos pueblos, que se afanan trabajosamente por constituirse y fortalecer unas instituciones para las cuales no estaban preparados, ya se comprende que no faltarán siniestros vaticinios sobre sus ulteriores destinos. Antes de la guerra de Méjico hubo en Europa una pléyade de escritores distinguidos, Miguel Chevalier entre ellos, que sostuvieron con talento la tesis de que Europa debía intervenir en los asuntos de América. «Esas Repúblicas hispano-americanas, — decían, — se están debilitando con la guerra civil que las devora. Sus habitantes pertenecen á la raza latina, son nuestros hermanos, su suerte no puede sernos indiferente, su ruina sería también la nuestra. Allí está la raza sajona, activa, perseverante, avasalladora, cuya política constante se dirige á la absorción completa de la América. Ayer se anexionó Tejas y la California, hoy tiene puestos los ojos en las Antillas, mañana pensará en desmembrar la República mejicana. La raza latina es impotente para resistir, á causa del fraccionamiento y el continuo estado de agitación en que se encuentra. Conviene á los intereses políticos, comerciales é industriales de la raza latina en Europa, que sus hermanos de América no sean avasallados por la raza sajona; conviene crear un centro de propaganda, de acción, de resistencia, que contenga, que sirva de dique á las ondas invasoras de los Estados-Unidos. Menester es crear allí un Estado poderoso, una monarquía ó un imperio, que influya de una manera decisiva en los acontecimientos de América, que tome la iniciativa en todas las cuestiones importantes, que sea como una sucursal de la Europa monárquica, que sirva de vanguardia á la gran cruzada que ha de transformar la tierra de Colón, de Pizarro y de Hernán-Córtés. A su ejemplo y bajo su protección, se irán formando en toda la América Central otros imperios ó monarquías, que dándose la mano con el imperio del Brasil, podrán formar una vasta confederación que sirva de valladar insuperable á la ambición de los yankees.»

Faltaba sólo un pretexto para realizar esta idea, y sirvió de pretexto el acuerdo del Congreso mejicano de 17 de Julio de 1861, declarando que se suspendían por dos años los pagos que la República debía hacer á los acreedores extranjeros.

Méjico debía pagar créditos enormes, y un tanto exagerados; así fué que el país se sublevó contra aquellos especuladores sin entrañas; el Gobierno, exhausto de recursos, pidió un plazo para el arreglo de las deudas; se le negó, y de aquí nació la ruptura.

Francia tomó la iniciativa para un convenio, que se firmó en Lóndres el 31 de Octubre del mismo año por los representantes de la Gran Bretaña, Francia y España. En aquel convenio quedó acordada la intervención de las

tres potencias en Méjico, con objeto de exigir del Gobierno mejicano el pago de los intereses atrasados; es decir, que lo que se discutió en Lóndres, fué una cuestion financiera, no una cuestion politica.

En la conferencia de Orizaba se puso en claro el pensamiento de la Francia, que consistia en erijirse en protectora de la raza latina en América, creando allí bajo sus auspicios una monarquía ó un imperio. El gobierno mejicano no se negó á resarcir los perjuicios hechos á súbditos extranjeros. Tomando por base el tratado de Lóndres de 31 de Octubre de 1861, los plenipotenciarios de España é Inglaterra declararon que no habia razon para empezar las hostilidades, en oposicion al de Francia que pretendia que el principio de las hostilidades era indispensable para garantir la proteccion de los súbditos franceses. El general Prim y el almirante Dunlop, decidieron retirar las tropas españolas é inglesas. Los plenipotenciarios franceses, cuyas instrucciones secretas debian ser distintas, resolvieron llevar á cabo la intervencion, y en su virtud publicaron el 16 de Abril una declaracion de guerra contra el Gobierno del presidente Juarez, y el 18 empezaron las hostilidades. Ya desde este momento no ocultó el Gobierno imperial su propósito de cambiar las instituciones mejicanas, levantando sobre las ruinas de la República una monarquía hereditaria rejida por un principe católico. Al propio tiempo que el general Forey anunciaba lisa y llanamente, en una proclama dirigida á los mejicanos desde Veracruz, que se proponia destruir el órden de cosas existente, los periódicos europeos, dando por supuesto el establecimiento de la monarquía, discutian la candidatura del principe que debia sentarse en el trono á que servian de escabel las bayonetas francesas. Corria la primavera de 1863 y aun no habian pasado los franceses de Puebla, cuando ya se supo en toda Europa, y lo supieron tambien los mejicanos, que existian negociaciones para ofrecer la corona de Méjico al Archiduque Maximiliano, hermano del Emperador de Austria. Algunos meses despues, bien claramente lo anunciaban en Francia los periódicos que pasaban por órganos del Gobierno imperial, y en Méjico las proclamas y manifiestos suscritos por el jefe de la expedicion.

No necesitamos detenernos aqui en referir los acontecimientos posteriores, cuya narracion detallada encontrará el lector más adelante. Rendida Puebla el 18 de Mayo de 1863, el ejército francés avanzó sobre Méjico; Juarez abandonó la capital, transfiriendo el sitio de su Gobierno á San Luis de Potosí; el 10 de Julio una Asamblea de Notables compuesta de doscientos quince individuos, decidió que «la nacion mejicana adoptaba por forma de gobierno la monarquía templada, hereditaria, con un principe católico; que la corona imperial seria ofrecida al archiduque Fernando Maximiliano de Austria, para sí y sus descendientes; y finalmente, que si circunstancias imprevistas impidieran al archiduque Maximiliano tomar posesion del trono, la nacion mejicana haria un

AMÉRICA.



D. BENITO JUAREZ
Presidente de la República de Méjico.

llamamiento á la benevolencia de Napoleon III para que designara otro príncipe católico. Pero la República no debia perecer. El génio de Juárez velaba por ella; de Juárez, que vencido en el Oeste, supo encontrar en las provincias del Norte recursos inesperados para continuar la resistencia, para conseguir el triunfo. A la decision de la Asamblea de Notables convocada en Méjico, contestó el Comité permanente de la Asamblea nacional republicana, protestando contra el cambio hecho en la Constitucion legal del pais, é invitando á la nacion para resistir la invasion francesa.

Conocido es el resultado de la empresa bonapartista en Méjico. El pensamiento fué concebido con buena intencion sin duda; pero era erróneo, como más adelante probaremos, y no habria que deplorar los males que ha producido y la sangre que se ha derramado, si antes de ponerlo en práctica se hubiera tenido cabal idea del carácter y sentimientos del pueblo mejicano. La expedicion empezó por accidentes militares que sólo se pueden calificar de reveses. Se esperaba que la marcha de los soldados franceses desde Veracruz hasta Méjico, sería un paseo triunfal; se esperaba que no habria resistencia en ninguna parte, que les acompañarian en su camino las aclamaciones de los habitantes, y tales esperanzas quedaron frustradas. Desde Orizaba á Puebla, los franceses no pudieron avanzar un paso sin sostener á cada instante una escaramuza con las guerrillas mejicanas. Tres meses estuvo el general Lorencez ante los muros de la heróica Puebla, y al fin tuvo que retirarse á Orizaba para esperar los refuerzos pedidos á Francia.

Aun despues de tomada la capital, que Juárez les abandonó para evitar la efusion de sangre y los horrores de un sitio; aun despues de establecido formalmente el imperio, los franceses no fueron dueños sino del terreno que pisaban. El ejército francés no logró dominar por completo sino el valle de Méjico; el poder imperial sólo se estendia á una parte muy reducida del territorio; su autoridad sólo era fuerte y respetada en algunas ciudades populosas. El imperio no lo fué sino en el nombre; la República no fué vencida realmente. El poder, la fuerza, la popularidad, el prestigio, no le faltaron jamás á Juárez. Si no tenia la fuerza material, si careció durante mucho tiempo de recursos y de tropas regularmente organizadas, si tuvo que luchar con la traicion de unos y con la tibieza de otros, no por eso debe creerse que le faltara esa gran fuerza moral, superior á los fusiles y á los cañones, que sabe avivar la llama del patriotismo cuando empieza á extinguirse; que lleva la fé al alma de los incrédulos, anima á los que desfallecen, enardece á los que desmayan, y llega más tarde ó más pronto, á sobreponerse á todo género de contradicciones y de reveses. Desde Matamoros y desde San Luis de Potosí, Juárez ejerció sobre el territorio de la República más influencia que Maximiliano, Forey y Bazaine desde Méjico. Sus órdenes, trasmitidas por emisarios activos, eran

obedecidas en todas partes. En la misma capital tuvo siempre inteligencias, amigos leales, partidarios ardientes que nunca desesperaron del triunfo de su causa.

La energía de Juárez no desmayó nunca: con una fé ciega en los destinos de la República, con esa perseverancia incansable que no retrocede ante los reveses, prosiguió valerosamente el rudo trabajo de la restauracion. Despues de una derrota, volvía con más vigor al combate. Cuando más desalentado se le creía, cuando se le juzgaba emigrado á los Estados-Unidos, sorprendió á los imperialistas con un rasgo de entereza que algunos calificaron de locura. Concluía el período de su administracion. Hallábase en las fronteras extremas de la República, en el Paso del Norte, sin generales, casi sin soldados, inquietado además por la rivalidad del general Gonzalez Ortega que aspiraba á sucederle en la presidencia, y en ocasion que los soldados del imperio triunfaban por todas partes. En tan desfavorables circunstancias, otro ménos audáz hubiera dado por perdida su causa. Juárez nó; el 30 de Julio de 1865 publicó un decreto manifestando que continuaría su presidencia hasta que las circunstancias permitieran una nueva eleccion.

Conocido el carácter de Juárez y la actitud de la gran mayoría del pueblo mejicano, no era difícil prever el desenlace. La expedicion duró seis años; los seis primeros meses los pasaron los franceses en el litoral ocupados en establecerse, en comenzar las negociaciones para proteger á sus compatriotas. A los diez y ocho meses, y despues del descalabro de Puebla, los franceses pudieron reconocer lo quimérico de la empresa y retirarse. Se necesitaban más de sesenta mil soldados, como dijo en el Senado el general Forey, para sostener con mediano éxito la campaña; y el Gobierno de Bonaparte sólo pudo mandar veinticinco ó treinta mil hombres. El clima, las poblaciones, la actitud de la República americana, todo les fué hostil. El Gobierno francés, sin embargo, decidió continuar la empresa; tal vez lamenta ahora las consecuencias de su terquedad; ha gastado setecientos millones de francos, ha perdido veinte mil soldados, y lo que es todavía más doloroso para su orgullo militar, vióse obligado á retirar el ejército expedicionario cuando más necesitaba de su apoyo el efímero poder de Maximiliano, y en los mismos instantes en que Juárez, repuesto de sus pasados descalabros, daba un impulso decisivo á la resistencia.

Con la retirada del ejército francés, quedóse Maximiliano reducido únicamente al apoyo y á los auxilios del partido clerical. Háse dicho que tuvo el propósito de abdicar y embarcarse en Veracruz para Europa; pero que cedió á los ruegos de muchas personas influyentes de aquel partido, y de otras que se habian comprometido por su causa. Si tal intencion tuvo, hizo mal en no realizarla; y no se comprende cómo su espíritu superior no vió claramente la verdadera situacion de las cosas. Sin el apoyo de Francia, el continuar la

guerra, sólo conducía á aumentar la efusion de sangre. Era una lucha tan estéril para el imperio, cuanto provechosa para la causa de la República. Abdicando á tiempo, quedaba en pié la cuestion de si en Méjico era posible ó nó la monarquía; resistiendo, con la seguridad completa de ser al fin vencido, la cuestion quedaba resuelta de una manera definitiva. Transijiendo á tiempo con el Gobierno de Juárez, restaba la esperanza de ulteriores tentativas. Vencedora la República, toda esperanza es ilusoria; todo conato de intervencion armada, irrealizable.

Bajo este aspecto, el estudio de la *Guerra de Méjico* ofrece gran interés por las cuestiones importantes cuya solucion dependia de su desenlace. El resultado de la guerra ha demostrado una vez más, que esas grandes familias llamadas naciones, tienen el derecho de gobernarse á si propias; que atentar contra ese derecho, es violar un derecho primordial. Ha demostrado tambien, que la ingerencia de Europa en los asuntos de América, es de todo punto imposible. Otro resultado de la guerra ha sido sancionar la doctrina de Monroe, que será en lo sucesivo la base de las relaciones internacionales entre América y Europa, y el pacto de union entre todas las Repúblicas americanas. La política bonapartista ha recibido una leccion severa, que esperamos no será perdida; y los que sin conocerlos, menosprecian á los pueblos americanos, sabrán hacer justicia desde ahora, ya que no á la bondad de sus instituciones, que no han alcanzado el grado de madurez necesaria, al ménos á la sinceridad de su patriotismo y al vigor de sus alientos. Los pueblos que como Méjico, defienden su autonomia y su independenciam con tanto brio, no merecen ser tratados tan duramente como acostumbran los escritores europeos. Enmedio de la movilidad continua y del vértigo de las insurrecciones que forman el carácter distintivo de los mejicanos, enmedio de la desmoralizacion y de los actos de barbarie que se les atribuye, algo de grande habrá en un país que produce caracteres como el de Juárez, patriotas austeros y desinteresados como Alvarez y Comonfort, defensores como los de Puebla, soldados como los que han luchado en la última guerra.

Y con respecto á la cuestion, acaso la más importante, de si es posible ó nó establecer monarquías en América, toda duda es imposible: allí será siempre anormal la forma monárquica; Itúrbide, á quien tanto debió la causa de la independenciam mejicana, se proclamó emperador y fué fusilado; Santana ha intentado en nuestros días establecer el imperio y no lo ha conseguido; el último ensayo ha producido la catástrofe de Querétaro. La cuestion no es de superioridad ó inferioridad de instituciones. Que la república sea superior á la monarquía ó que la monarquía sea superior á la república, lo que resulta con toda evidencia de la historia contemporánea, es que los pueblos americanos no quieren la forma monárquica. Y esto se comprende, conside-

rando que en aquellos países no existen elementos monárquicos, que aquellas sociedades carecen de las condiciones que exige la existencia de la monarquía. La monarquía, hecho primitivo y espontáneo, necesita, como institución existente en sociedades adelantadas, apoyarse en la tradición; sin ésta, sin los elementos y fuerzas sociales que la constituyen, será siempre una creación ficticia, débil, transitoria. Desde que nuestras antiguas colonias conquistaron su independencia, sus tradiciones son todas republicanas: sus elementos políticos, sus fuerzas sociales, incompatibles con la monarquía ó incapaces de sostenerla. Jamás han conocido aquellos países la monarquía. Mientras fueron colonias, vivieron como pueblo conquistado, sin condición ninguna de nacionalidad. Cuando quisieron ser naciones y tener existencia propia, tuvieron que escoger una forma política, y eligieron la que era natural y necesaria consecuencia de su posición. Por otra parte, la monarquía no se escoge, sino que existe; no es un hecho voluntario, sino espontáneo; surge por sí misma en las sociedades rudimentarias, en los pueblos que empiezan á constituirse. El jefe de tribu más audaz se impone á los jefes de las otras tribus; domina así pobladas enteras, y de caudillo se convierte en rey. Así han empezado todas las monarquías: así empezaron Rómulo en Roma, Alarico entre los godos, Faramundo entre los galos: así todos los fundadores de las dinastías primitivas.

Estraño es, en verdad, que Napoleón III, que antes de ser emperador fué huésped de dos repúblicas, se equivocara tan lastimosamente desde el principio de la cuestión de Méjico, creyendo que allí sería posible el imperio, y el imperio impuesto por una intervención europea. Estraño es que no comprendiera cuán arraigado está el sentimiento republicano, en pueblos que tan amargos recuerdos conservan del régimen monárquico. El error en que incurrió interviniendo en los asuntos interiores de Méjico, habrá debido convencerle, y habrá convencido también á los que participan de sus opiniones, que ha pasado ya el tiempo en que el génio europeo dictaba la ley á todos los pueblos de la tierra. Son ahora tan complejas las manifestaciones de la civilización y tan múltiples las vías del progreso, que nos parece pueril vincular uno y otra en tal ó cual raza, en tal ó cual nación, en tal ó cual forma de gobierno. Concurren á la obra común todas las nacionalidades, todas las formas de gobierno, todos los principios políticos, todas las aspiraciones del humano espíritu, si bien unas con más actividad y mayor eficacia que otras. Acaso sea un bien para la civilización y el progreso que haya diversidad y antagonismos; acaso es ley de la humanidad el desarrollarse entre antítesis perpétuas y oscilaciones incesantes: porque de la oposición nace la competencia; de la competencia, el estímulo; y del estímulo, el adelanto. Así como en la edad antigua se encontraron frente á frente el despotismo oriental y la democracia griega, así acaban de luchar la democracia americana

y el monarquismo europeo. La República mejicana ha respondido fieramente al reto de la orgullosa Europa, arrojando á sus pies el ensangrentado cadáver de Maximiliano, significando tal vez con esto, que América no reconoce la supremacía que pretende abrogarse Europa. ¿Es un bien ó es un mal para la causa de la civilización y del progreso que Europa haya quedado humillada en la contienda? Los espíritus miopes, que no ven más allá de la tierra que habitan y del tiempo en que viven, lo juzgarán acaso un mal; pero los hombres pensadores, aquellos cuya mente abarca espacios dilatados y juzgan con superior criterio los sucesos, léjos de entristecerse porque América haya triunfado, no ven sino un motivo de júbilo y de esperanza. La libertad política, que en la edad moderna es germen de civilización y de progreso, se niega ó se desnaturaliza en Europa, donde la marea reaccionaria sigue su constante ascenso desde 1848. ¡Ay de la libertad, si arrojada del viejo Continente, no pudiera refugiarse á las playas hospitalarias de la joven América!

Madrid, 1.º de Agosto de 1867.

PEDRO PRUNEDA.